

COMO EL CIERVO HUISTE

IAGO FERNÁNDEZ FERRÁN



DELIRIO

COMO EL CIERVO HUISTE

COMO EL CIERVO HUISTE

IAGO FERNÁNDEZ FERRÁN

EDITORIAL



DELIRIO

Colección de Narrativa Iría, 2

Primera edición: abril de 2013

COMO EL CIERVO HUISTE

Colección de Narrativa Iría, 2

© 2013, Iago Fernández Ferrán
© 2013, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.
www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

Impreso en *Iberoprinter*, Salamanca, España.

ISBN: 978-84-15739-00-5
Depósito Legal: S.161-2013

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

PARTE I	13
PARTE II	27
PARTE III	51
PARTE IV	83
PARTE V	111
APÉNDICE	125

A mis padres

A Víctor Balcells Matas

Es en el tiempo donde no hemos aprendido a existir.

JUAN BENET

PARTE I

(Pero ellos lo aniquilaron, o algo así; o fue él quien los destruyó a ellos, o algo así. Y murieron.) Murieron. Sin ser llorados por nadie, dice la señorita Rosa Coldfield. (Salvo por ella.) Sí, salvo por ella.

WILLIAM FAULKNER, Absalom, Absalom

EDITORIAL

Despliego el cuadro de patas del carrito y le acoplo la cestita en los enganches. Tu cuerpo no tiene ni un solo pelo y parece igual de pesado que una ensaimada o un vaso de leche, pero me cuesta alzarlo con esta mano tan delgada; no obstante, una madre es una madre y ha de levantar a su criatura del suelo aun sintiendo cómo se le desgajan los filamentos de la muñeca. Según las pantallas fluorescentes que detallan los horarios y los recorridos de los autobuses, el último trayecto hacia la ciudad tuvo lugar a medianoche y ya es imposible regresar. Nos alumbra la luz oblicua de los focos que pivotan la estación: veo tu rostro fruncido y colorado por este frío que estremece los nervios, pero no tengo ni una sola mantilla más que adosar a tu cuerpo; ya te he dado mis guantes, la palestina, el pañuelo; llevas hasta mis calcetines sobre el pecho a modo de apósito a ver si dejas de toser. Me froto las manos y toco tu frente: en efecto, está fría, y mejor será marcharnos antes de que regrese el abuelo y nos arrastre a casa. La ventisca convierte en una exhalación cualquier figura erigida más allá del recinto y casi desanuda mis dedos de la barra del carrito (qué no daría yo por ampararme de estas piedras heladas que me golpean con fuerza la nuca, los pechos, el culo, las canillas). Advierto que mi pobladísima melena será un estorbo mayúsculo en mitad de la tormenta, así que doy unos pasos atrás y me recojo el pelo a toda prisa. Me adelanto de nuevo, empujo el carrito.

Para que las piedras no se hundan en tu canasto, encorvo la espalda y hago pantalla. Me cuesta caminar porque estos zapatos presionan las dorsales de los pies y los dedos se coagulan en el vértice de la suela (salí de casa desbocada, barajé el calzado en mitad de la oscuridad, extraje por error otros zapatos y no advertí el dolor hasta ir en autobús). Además, el nudo de la coleta deja las orejas al descubierto, las golpean las piedras del granizo, el frío inhibe su circulación y las tinta de púrpura.

Me acercó a la valla de la estación, se despejan los perfiles de los primeros edificios y emanan otros más lejanos. Freno en la calzada del pueblo: están las calles desiertas y el chubasco desintegra sus límites; el agua no menguará en las próximas horas si tomo como referencia el espesor metálico de las nubes y la oscuridad del cielo. Tengo en frente una plazoleta completamente deformada por la velocidad de las gotas, un horizonte de edificios más bien chatos, una cuesta que escalona los montes de Gardén, algunos pisos con luces prendidas y farolas que vierten un resplandor ennegrecido sobre la estatua de un prócer militar, un columpio deshilachado y una papelería donde ahora hundo las manos. Encuentro una lámina de cartón que utilizaré a modo de tejadillo, a ver si una ráfaga de viento no me la arrebató y logro resguardarme la cabeza. Quiero acariciarte, pero distingo una mancha lechosa y pestífera a lo largo del brazo, me retraigo de inmediato y la restriego contra el vestido no vaya a ser que el frío la recrudezca; en su defecto, paso amorosamente el dedo índice sobre tu mejilla, sin sentir pizca de calor, pero advirtiéndote que aún respiras por la nube de vapor que florece de tus labios.

Miro al frente, empujo el carrito.

Desde que procuraron deshacerse de nosotros, empujó el carrito. Experimenté cómo tus huesos golpearon las paredes del estómago y se hundieron a través de las ingles y ya no pude ni contemplar la rendición. Apareciste en el centro del mundo con los pies amoratados, rociado de plasma y heces, tiritando en las manos del doctor como si tanta luz repentina te sobrecogiera. Al día siguiente, te llevamos a casa porque ya respirabas sin dificultad y tu peso era óptimo para un recién nacido; yo, sin embargo, estaba saturada de pinchazos, desangrada de cintura para abajo y afiebrada. En mi cuarto no había espacio para ambos pero, modificando la disposición del mobiliario, cupo una cunita de madera atestada de juguetes. Aquel día permanecí no sé cuántas horas viéndote zarandear los brazos en sueños y dar vueltas sobre ti mismo, como si te debatieras por algún objeto irrisorio, un caramelo o una piedra. Cuando desperté, corrí hacia tu cunita con el vientre aún dolido por el parto, me aferré a los barrotes para corroborar si todavía respirabas y te puse la palma de la mano sobre los labios; eras cierto: vivías. Esa mañana te mudé el pañal con mucha guasa, valiéndome de una docena de paños calientes y polvos de talco que me hicieron estornudar a causa de la alergia, el nerviosismo, no lo sé. Pasaron las horas felizmente, te di leche de un enorme biberón e hicimos la digestión recostados en la cama con un desplegable entre las manos.

Al anochecer oí la sarta de voces y comenzó nuestra huida. A medida que descifraba sus palabras, se multiplicaba mi temor y más deseaba huir de aquel cuarto: el abuelo pretendía darte en adopción; a ti, sangre de su sangre concebida entre mis órganos más íntimos. Se había encabritado tras calcular la inversión que supondrías en pañales y papillas, sin reparar en que yo hubiera trabajado por ti hasta romperme las manos, y estaba

empeñado en dejarte al recaudo de un convento. La abuela le llevó un par de veces la contraria, sus nervios rebasaron los límites de la paciencia y estrelló contra la pared un vaso de vino que imprimió un archipiélago morado sobre el blanco de la cal y suspendió en el aire una nubecilla de cristales. Entonces se impuso en la casa la ley del silencio, y tú la transgrediste sin que yo pudiera evitarlo: te apretujé contra el pecho para amortiguar el ruido, pero aun así estornudaste con energía.

Por una suerte de flash, intuí el devenir de los acontecimientos y recé para que la situación se congelara y pudiera rebobinar el estornudo. Acto seguido, el abuelo abrió la puerta del cuarto y bufó de una manera irracional; me recogí contra el ángulo de la pared frunciendo el ceño, manteniendo el pulso firme; él se detuvo en el umbral; me recompuse y clavé mis pupilas en las suyas: a ver quién ocupaba en la vitrina el lugar de insecto y quién el de alfiler. Pasaron unos segundos. Arrojé el desplegable a un lado, te sostuve con estos bracitos de bicho palo que tengo, solidifiqué la mirada con toda la energía de mi corazón y él se esfumó dando un portazo. Resoplé y te coloqué de nuevo sobre la almohada, te di la espalda y me arrebañé una lágrima con el dedo, como si creyera que aquel garabato azul pudiera violentarte. Y escuché con atención la disputa, pero esta vez sólo distinguí una sarta de murmuraciones, unas manos que rebuscaban calderilla, el tintineo de una llaves hurgando en una cerradura, las poleas metálicas del ascensor y, mucho más tarde, el sonido de la cafetera y el bisbiseo de los pasos de mi madre.

Aquella noche nos preguntamos: ¿cómo sobrevivir sin que nos extrañen por el mundo? Medité el problema mientras te arrullaba en brazos y giraba alrededor de la cama, se diría que rezando para que el abuelo no

volviera a comportarse como un simio enardecido. Nada hay más violento que la verdad, amor: y es que sólo eres un fruto espurio que erró la rama, el árbol, la finca, la nación; pero no iba a confiarte a un grupo de beatas cuya visión del mundo limitada por la virgo les impidiera comprender el fenómeno del nacimiento. ¿Qué hacer entonces? Huir contigo; subirte al carrito: empujar el carrito.

Cuando halle refugio, no podrá encontrarnos.

Este vendaval cargado de piedras hace que tropiece y me retuerce la espalda; siento cómo el agua embota mi carne y la azulea poco a poco. No me amparo en los plafones, pues la fuerza del viento arranca la uralita de los tejados y no sé si alguna de ellas pudiera azotarme una sien, hendir tu canasto, dejarnos ateridos, heridos, sangrando, hundiéndonos en esta carretera sin lámparas. Son ilegibles las señales de tráfico, tan sólo diferencio una sinuosidad oscura que asciende hasta el seno de la montaña; y a lo lejos, una luz difusa aureolando perfiles de madera, cristales y cemento. Es una taberna. Cuanto más cerca estoy, más se amplía un resplandor naranja, un eco de voces turbias y una música de gaitas que la ventolera modula hasta volver ininteligible. (¿Toda la región se ha quedado sin suministro eléctrico, cuenta el local con un generador y el dueño aprovecha para incrementar la caja?).

El carrito se enquista en los baches enfangados; le propino empujones, me tuerzo un tobillo.

El izquierdo aún me duele, me lo torcí hace unas horas.

Te introduje en el carrito de madrugada, tú dormías resguardado por las mantitas de invierno. Desvalijé los cajones y los abrigos en busca de

algún objeto valioso que pudiera ser empeñado, e incluso recapacité si ofrecer mi cuerpo por dinero dado el caso. Del otro lado de la ventana, las rachas de ventisca parecían resquebrajar las copas de los árboles, y no cabía duda de que me tronzarían el espinazo si no contaba con una fortuna extraordinaria. Rescaté un rosario del cajón de la cómoda y, por pura superchería, me lo eché al cuello como si fuera a comunicarme una rara energía. Me cercioré de que la abuela se había acostado ya, descolgué su bolso del perchero, lo vacié sobre la consola del pasillo y recogí todos los billetes que cayeron (tuve que tapar con el pulgar la foto del DNI, donde mostraba una expresión tan serena como recriminatoria que, al cabo de unos segundos, siempre me turbaba).

Abrí la puerta, empujé el carrito, subí en el ascensor y, una por una, se fueron encendiendo todas las bombillas del panel electrónico, cuarto, tercero, segundo, primero, ¡clinc! Cuando se abrieron las puertas, sonó el timbre y reconocí al abuelo de inmediato: cruzaba el portal con un cigarrillo apretado entre los labios, las manos ceñidas al pantalón y el cuello de la canadiense espigado. Permaneció unos instantes boquiabierto, intercambiamos una rápida mirada y, en cuanto comprendió la treta, se encaminó hacia nosotros consternado. Me figuré que pondría fin a la fuga con un ataque de cólera y no había que darle tiempo a reaccionar; de modo que, sin reparar en las consecuencias, lo arrollé con el carrito y eché a correr apretando los dientes. Al final de la manzana, antes de cruzar el paso de cebra, volví apresurada la vista atrás y lo encontré tumbado boca abajo, profiriendo insultos, mordiéndome aún el cigarrillo y comenzando a incorporarse. Entonces tosió una voluta de aire cristalino y, como si se me antojase una advertencia, crucé la carretera a toda velocidad.

Una vez en la estación, busqué sin resuello las pantallas electrónicas de las dársenas para ver qué últimas salidas se prefijaban. Uno de los autobuses se marchaba en breve a una zona llamada Gardén, así que subí a la plataforma del conductor y, con la voz apocopada por el trote desbocado, le exigí un billete de ida, sólo de ida, especifiqué. Me observó desconfiado: en mi mano izquierda tintineaba un amasijo de monedas herrumbrosas y la derecha asía con esfuerzo un carrito de bebé con las patas truncadas, vestía un encharcado jersey rosa y una mata de pelo me tachonaba el rostro. Aceptó el canje; quizá su oficio no corría peligro, le resultaba indiferente o desconozco exactamente qué. Cuando alcé el carrito para subir las escaleras, me pesaste más que nunca y dudé si podría resistir otro envite de la tormenta por exigirle tantos pluses de fortaleza a un cuerpo tan enjuto, pálido y azul como lo es el mío. Tomamos asiento en la penúltima fila, el bus arrancó con un cacareo en sordina y respiré pacificada al verte acaracolado: estabas a punto de caer redondo en un castillito de baberos, lanas y juguetes. Acomodé la nuca al cabezal del asiento, estiré las articulaciones de las piernas y me sobrevino un acentuado dolor de pies (había barajado el calzado en la oscuridad, aunque hubiera sido preferible correr descalza, o incluso no correr).

Durante todo el viaje imaginé qué hacer al bajar del bus, qué camino nos llevaría al corazón de Gardén y qué disposición física y psíquica soliciaría recorrerlo.

A mitad de trayecto, se desató una tormenta de tal calibre, que amenazaba con trocar el mundo en cieno.

Todavía no ha menguado. Un golpe de viento hace que pierda el equilibrio y me desplomo de rodillas; no obstante, aferro el mango del carrito, o el

carrito me aferra a mí (en cuanto al trozo reciclado de cartón, destrozado por los remolinos de agua, ya se hunde volando en lo oscuro). El zumbido de la corriente no lo registran mis oídos, tampoco siento los cantos de la boca y en mi cráneo reverbera un crujido doloroso. Sin embargo, la taberna se levanta con las ventanas desdibujadas a pocos metros de mí, e intuyo las mesas atiborradas de clientela, una silueta móvil recortada en negro y las ampollas que sirve rápido. De modo que gobierno mis piernas, las afirmo contra el suelo enlodado, me enderezo aprovechando las corrientes de aire y... Chocan las ruedas del carrito contra la escalerita cementada del local. No puedo más y aquí me quedo... Pero, por última vez, empujo el carrito... Y cruzas rodando la puerta... Escucho gritos de alarma, y unos ajetreteados bultos anatómicos se sobreponen a la luz rectangular que emana de la puerta. Un hombre se acuclilla a mi costado, levanta mi cabeza de la tierra y, al unísono, una mujer, alarmada, hurga en mi bolso y pregunta por un DNI (de tal forma que, mezcladas en mi consciencia, su voz y sus manos se persiguen mutuamente en un torbellino sin objeto). El hombre te recoge del carrito, cobija tu cabeza entre su pecho y se adentra corriendo en el local; tú pareces dormido y, aunque estés azul, no llorarás hoy. Adiós; ve, ve, bebé.

Bebí mucho aquella otra noche.

Desde la parada del autobús, de un punto al otro del horizonte se tendía una franja de alquitrán flanqueada por setos de maleza estropajosa, de por sí amarilla pero teñida ligeramente por el púrpura de la madrugada; la carretera viraba a lo lejos y se dirigía a un núcleo de naves industriales, recortadas, cúbicas y metálicas, contra el poniente. Prendimos un cigarrillo

y las dos echamos a caminar; nos alcanzaba el sonido de los baffes. Cerca de la explanada, un automóvil amarillo ralentizó la marcha, anduvo paralelo a nosotras, un jovencuelo con cresta sacó la cabeza por la ventanilla y nos gritó improperios; tu tía le hizo un corte de mangas y yo me mordí el labio inferior. El coche pasó de largo, el copiloto dio un aullido, a unos decímetros derrapó con brusquedad y se nos enredó en los tobillos una polvareda pardusca. Continuamos el camino, yo diría que con los nervios a flor de piel y excitadísimas.

Una vez en la explanada del p rking, zigzagueamos entre los coches y nos introdujimos en uno de los corros; nos hicimos amigas de varios chavales y obtuvimos bebida gratis a cambio de algún arrumaco. Cansadas ya del juego, nos sentamos en la acera, con dos vasos plásticos rebosantes de un brebaje azul celeste, y charlamos de teleseries norteamericanas. Un tiempo después, sorteamos borrachas a los jóvenes babosos, alcanzamos una de las moles cúbicas con paredes de cemento y uno de los porteros consintió que pasáramos sin abonar la cuenta. Al cruzar la puerta, y casi sin percibirlo, nos sumamos a la marabunta de bailarines más dirigidas por la inercia que por la voluntad. Un tanto descoordinadas por el mareo de los combinados, bailamos la una frente a la otra; luego se me revolvió el estómago y, rotando entre codazos, me fui desplazando a una de las barras con butacas, neones y botellas.

Por el camino vomit  sobre mis propios zapatos, me acuclill  en una esquina y me dispuse a padecer las náuseas. Al momento, después, no s  cuándo, un hombre emergió de entre la gente y me arrastr  hacia un pasillo deshabitado, coronado por una lamparita verde y una puerta roja de emergencia. Me limpi  los labios con la mano y, verti ndome un botell n

de agua, me lavó la nuca, las mejillas, las rodillas y el plexo. Cuando me repuse, me lanzó un beso; yo me dejé besar y pensé de cualquier modo, aquí mismo, pues no volveré jamás. Entonces sentí un tacto viscoso a lo largo del vientre, los pechos, la espalda y la cara; la emanación de una saliva tumefacta, no sé de quién, de cualquiera, quizá drogado; acometidas bruscas a izquierda y derecha, adelante y atrás, como quien azota una caja de cartón; dedos por todas partes, un olor avinagrado y una sonrisa lamentable cuando abría los ojos, no por voluntad expresa, sino porque me los abría de repente una embestida; un mordisco en la mano, en los senos, en la rabadilla, en las nalgas, como si no tuviera ya problemas con repetir curso; unas uñas atenuando mis cervicales y la mitad de mi cara presionada contra una baldosa humedecida, la lengua que se anuda, me ciega la garganta y yo no puedo respirar. Después, nada, el escozor, y el reposo.

Me abandonó en una esquina del pasillo.

En cuanto recobré la respiración, me arrastré con un fuerte dolor ventral hasta la puerta de emergencia y, zarandeándome contra los capós y volcando algunos vasos, corrí a través de la explanada. El estómago me dolía más que nunca a causa de las embestidas y la vagina me sangraba. Vomité en tres lugares distintos y me limpié con toallitas.

Pero ahora ya no puedo ni arrastrarme. Te abandono a las puertas de una taberna, donde rogarás amor y alimento en cuanto aprendas castellano, pues sólo te lego los billetes que le hurté a la abuela y me cuidé de meter en tus pañales. Se diría que te he traído al mundo para estar en peores condiciones que el resto; pero qué alegar en mi defensa: así es, aunque yo no lo quise. Dejo mi aliento prendido en tu corazoncito de pieza de

puzzle y te impulso injustamente al crecimiento. No volveré a conducir más el carrito: ya no tengo fuerzas, los latidos abandonan mis párpados y oscurece esta escena un mareo helicoidal. Pero el hombre ha vuelto y ahora hurga con angustia en tu mochila; sujeta en el brazo un biberón, un paquete de pañales, el libro desplegable, el gusano de peluche, y regresa veloz al interior del local. La mujer me toma el pulso. El viento, la lluvia, las piedras azotan mi frente.

No veo ni huelo, saboreo, palpo, noto.

Pero sé que algún día te contarán cómo llegaste aquí, de dónde viniste y quién fui yo, tu madre. Ya no hay luz en parte alguna, sólo ausencia de color y hasta de sombra.

Perduran, girando en el vacío, las imágenes, los olores y los sonidos registrados durante la posesión.

Procuré olvidarlo todo al día siguiente y atender a otros aspectos de mi vida, como si aquello hubiera sido un caso excepcional que no volvería a repetirse si me andaba con ojo; concentrada en ello, fue duro, pero lo conseguí. Al mes siguiente, no menstrué. La fatalidad era tan inverosímil que probé a no hacerle caso, aunque fue imposible sostener el simulacro al cabo de un tiempo: una mañana visité el cuarto de la abuela y, mientras ella se ajustaba los pendientes, lánguida por la vergüenza, le relaté lo ocurrido. Hubiera deseado comprensión por su parte o, cuando menos, ayuda; pero sólo recuerdo chillidos por toda la casa, vajillas hechas viruta, una contusión en la nariz y un labio roto por el corte de una uña. No me hablaron durante semanas y por caridad me pusieron la comida en el plato. Durante ese intervalo no salí del cuarto un solo día; pude haberles sugerido un

aborto, pero los abuelos no tenían dinero, habrían tomado la petición por una desvergüenza y la escena volvería a acontecer. Entretanto, mi vientre fue cobrando volumen y una noche rompí aguas.

El dolor inguinal era constante y sinuoso, me sentía al borde del desmayo, deliraba y no dejaba de rezar. La abuela timbró al vecino y juntos me auparon al coche, condujeron hasta el hospital y, en el quirófano, los dos me aferraron de las manos (el abuelo, por fortuna, trabajaba). Lo único que sentía eran el agua, la sangre y los mocos, engarzados los tres elementos en una telaraña que me avergonzaba y ensuciaba los muslos. Me desmayé por el camino.

Cuando viste la luz, se aliviaron los asistentes, más de una enfermera se frotó los ojos con el pico de un pañuelo, y el doctor me observó con orgullo a la vez que arrojaba los guantes a una papelería. Te envolvieron en unas toallas azules, él se quitó la bata sucia de plasma y le comunicó a una de las operarias que era hora de sedarme, dejarme descansar, incubarte. Me pincharon y dormí.

Días después, huíamos y llegábamos aquí.

DELIRIO